

Damos las gracias a Ediciones Don Bosco, de Barcelona, que ha publicado el original catalán de esta obra y que tiene en cartera editar una versión al castellano de la misma, debida a Francesc Alborch, que nos haya permitido la presente traducción, debida a Montserrat Romañá.

'EL SUEÑO DE BAGDAD'

De Josep M. Benet i Jornet

Traducido del catalán por Montserrat Romañá

Personajes:

Stuart
General
Ciego
Negociante
Intendente
Aixa
Omin
Califa
Zulema
Esclava
Soldado
Verdugo

Y otros varios personajes mudos. Algunos actores, sin excesivos problemas, pueden hacer más de un papel.

(EN LA PARED, UN GRAN MAPA DE UN PAIS INVENTADO EN EL CUAL SE LEEN NOMBRES DE CIUDADES DE ESAS QUE HACEN SOÑAR: SAMARKANDA, BAGDAD, BASORA, DAMASCO... DELANTE DEL MAPA UN GENERAL DE MIRADA NOBLE Y BIGOTE GRIS, ANTE EL SE PRESENTA UN OFICIAL JOVEN).

STUA.— General, a sus órdenes.

GENE.— Acérquese capitán Stuart. Su padre se equivocó casándose con una mora.
¡Vd. es mestizo!

STUA.— Soy inglés.

GENE.— ¡Un mestizo! Mala cosa para hacer carrera. Pero hoy tiene una oportunidad. Voy a encargarle una misión peligrosa. Parece que Arabia esconde una riqueza incalculable en petróleo. Hasta este momento sólo se ha encontrado un pozo, pero los que se descubran en lo sucesivo serán explotados por los ingleses gracias al tratado que hemos firmado con el Califa de Bagdad. A cambio de ello tenemos que darle armas para que pueda protegerse de sus enemigos... aunque no tantas que le permitan un día volverse contra nosotros. Ahora nos pide un envío extra de fusiles y municiones.

STUA.— ¿Por qué?

GENE.— Dice que se está preparando una gran sublevación y quiere las armas para sofocarla. Un espía que tenemos dentro del Palacio nos asegura que todo esto es una gran mentira del Califa y que podría esconder otras intenciones... Queremos que Vd. vaya e investigue la situación.

STUA.— ¿Yo?

GENE.— Habla bien el árabe y pasa desapercibido.

STUA.— ¡Viajar a Arabia, la patria de mi madre!... Murió cuando yo era muy pequeño. Como único recuerdo de ella me queda la mitad de un extraño medallón... Lo llevo siempre colgado de mi cuello.

GENE.— ¿De acuerdo, Stuart? Envíeme periódicamente cuenta detallada de sus investigaciones. Pero tendrá que arreglarse sólo. Si nos preguntan algo, nosotros no le conocemos, ni sabemos nada de Vd. Pero si sale con éxito y ¡con vida! de la empresa será recompensado. Espero que acepte.

STUA.— Partiré al amanecer.

(LA LUZ VA CONCENTRANDOSE EN EL MAPA Y EL GENERAL, MIENTRAS QUE STUART DESAPARECE. CON UN BASTON EL GENERAL VA SEÑALANDO PUNTOS DEL MAPA, SIGUIENDO UN ITINERARIO IMAGINARIO. AL MISMO TIEMPO VA COMENTANDO PARA SI).

GENE.— El capitán Stuart, vestido al estilo salvaje de los moros, recorrerá Arabia de un extremo a otro. Atravesará el desierto, las montañas azules... no se detendrá en Basora, el emporio de las perlas, ni en Córdoba con su río de plata, tampoco se parará en el gran mercado de Samarkanda, y menos aún en Damasco, la ciudad de las cúpulas de oro... Porque su misión empieza aquí, en Bagdad, en la ciudad en la que se alza el palacio de marmol rosa de los Cálifas, el centro de la intriga y de la aventura... La ciudad mágica de Bagdad! ... Bagdad... Bagdad...

(LA LUZ, FIJA UN MOMENTO EN EL GENERAL Y EL MAPA, HA IDO DESAPARECIENDO GRADUALMENTE DEL PRIMER TERMINO TRAGANDOSE AL GENERAL MIENTRAS HABLABA. QUEDA TAN SOLO EL MAPA. COMO UN ECO, VA RESONANDO LA PALABRA "BAGDAD, BAGDAD" Y COMO SI FUERA UN CONJURO EL MAPA VA HACIENDOSE TRANSPARENTE Y DEL OTRO LADO APARECE EL COLORIDO ABIGARRADO MERCADO DE LA FABULOSA CIUDAD, TAL COMO EL CINE LO IMAGINO EN TIEMPOS PASADOS. EL MAPA SE ROMPE Y DESAPARECE SILENCIOSAMENTE. MUSICA IMITANDO A LA DEL CINE DE LA METRO, DE LA WARNER O DE LA FOX. EMPIEZAN A APARECER VIEJOS CONOCIDOS, EL POBRE CIEGO CON TUNICA Y BARBA BLANQUISIMA, EL HOMBRE QUE SE TRAGA EL FUEGO Y LAS ESPADAS, EL ENCANTADOR DE SERPIENTES... TIPOS EXACTOS A LOS QUE HICIERON POPULARES LAS VIEJAS PELICULAS, TENDERETES Y PUESTOS EN LOS QUE SE VENDE LOZA, TAPICES PERSAS, FRUTAS DE COLORES ESMALTADOS... UN ESTRADO EN EL QUE SE EXHIBEN LO ESCLAVOS PARA VENDERLOS... DESPUES DE UNA PAUSA QUE PERMITA APRECIAR TODOS LOS DETALLES, LA MUSICA BAJA Y EMPIEZA A OIRSE LA CANTINELA DEL CIEGO).

CIEG.— (Canturreando) Que Alá os acompañe siempre
Buenas gentes que podéis
Contemplar con vuestros ojos
esta capital tan bella
Exótica y rutilante
pero llena de miseria
Buena gente, esto es Bagdad.
Ahogados por el llanto
nos queda una esperanza:
algún día encontraremos
la sagrada diadema
Sabemos que volverá
pero ignoramos la fecha
Ella salvará a Bagdad
¡Y salvará nuestra tierra!

(ENTRA STUART. LLEVA UN CHALECO BORDADO, UNA ANCHA FAJA QUE LE CIÑE LA CINTURA, UN PANTALON DE SEDA MUY HOLGADO Y RECOGIDO EN LOS TOBILLOS Y UNA CAPA AMPLIA Y FLOTANTE. AL VERLO, EL CIEGO CAMBIA DE ESTILO).

CIEG.— ¡Apiadáos de este pobre ciego! Una moneda de cobre para el pobre viejo. Una moneda de cobre y os contaré la historia de la corona perdida (Stuart se la da) ¡Muchas gracias forastero!. Alá recompensará tu generosidad. ¿Quieres que te explique la historia de la diadema? (Stuart le escuchará un momento y después se marchará atraído por los diferentes incentivos del mercado). La hizo construir un orfebre muy sabio y en ella dibujó toda la grandeza de nuestro país. Pero la joya desapareció muy pronto porque nuestros Califas no eran dignos de ceñirla. Quien la encuentre reinará sobre un Bagdad por fin feliz.

(STUART ENTRE TANTO CONTEMPLA COMO EL ENCANTADOR DE SERPIENTES TOCA LA FLAUTA Y COMO LA SERPIENTE SALIENDO DEL CESTO ONDULA Y SE YERGUE POCO A POCO. POR FIN LA VOZ DEL VENDEDOR, DEL NEGOCIANTE DE ESCLAVOS LE ATRAE).

NEGO.— ¡Atención, honrados ciudadanos de Bagdad, atención! Hoy se os ofrece la oportunidad de comprar los esclavos más vigorosos y las esclavas más atractivas por un precio de auténtica miseria!. ¡Acercaos, acercaos, no os arrepentiréis de haberme hecho caso! ¡Ved que hermosuras os ofrezco! ¡Auténticas bellezas venidas de las cinco partes del mundo, muchachas escapadas quizá del paraíso de Mahoma!.

(UN HOMBRE DE ASPECTO DOMINANTE, MIRADA CRUEL, BARBA CASI AZUL DE TAN NEGRA Y VESTIDO CON UN LUJO APARATOSO, INTERPELA AL VENDEDOR).

INTE.— ¡Ya te hemos oído bastante, hablador!. Si nos engañas y después de tanto prometer nos sacas una vieja desdentada y bizca, te las tendrás que ver con mi látigo.

NEGO.— ¡Que vuestros ojos den fe de lo que dice mi boca, admirable señor! ¡Aquí la tenéis: es Aixa, la joya más preciada de mi tesoro! ¡Miradla bien! Suave como una paloma, elegante como una gata, hermosa como una gacela... ¿quién se atrevería a regatear el precio que pido por ella?

(MIENTRAS HABLA HA LEVANTADO UNA SABANA, DEJANDO AL DESCUBIERTO UNA CHICA MUY HERMOSA, VESTIDA DE ANDRAJOS, QUE CONTEM-

PLA A LOS QUE LA RODEAN SIN MIEDO NINGUNO, DESAFIADAMENTE Y CON DESDEN).

INTE.— Reconozco que tienes razón, mercader. ¿Qué pides por ella?

NEGO.— ¡Cien rupias señor! ¡Una cantidad ridícula!.

INTE.— De acuerdo. Cien rupias.

STUA.— ¡Yo ofrezco ciento cincuenta rupias!.

INTE.— ¡Reptil viscoso! ¿Te atreves a competir conmigo? ¿No sabes quien soy y a quién sirvo?

STUA.— El mercado es libre ¿no? ¡Ciento cincuenta rupias!.

INTE.— ¡Recordaré tu cara, perro sarnoso! ¡Doscientas rupias!.

STUA.— ¡Trescientas!.

INTE.— ¡Cuatrocientas!

STUA.— ¡Quinientas!.

NEGO.— ¡Quinientas rupias! ¡Vosotros sois unos auténticos entendidos en esclavas!
¡Quinientas rupias!.

INTE.— ¡Setecientas cincuenta!.

STUA.— ¡Mil!.

NEGO.— ¡Mil rupias! ¡Pero Aixa no tiene precio! ¡Miradla bien! ¡No podéis deteneros aún! ¡Más rupias, más rupias!.

INTE.— ¡A mí nadie me toma el pelo! ¡Basta! ¡Paga tú, forastero, y guárdate de mi venganza!

NEGO.— (A Stuart) ¡Es tuya!.

STUA.— (Al negociante) Toma tu dinero. (A Aixa) ¡Ven conmigo, dulce flor del Oriente! A mi lado estarás bien. Te daré la libertad en cuanto la quieras. ¿Tiemblas?... No tienes por qué tener miedo...

AIXA.— ¡Lo que tengo es rabia! ¿Por qué me has comprado?

STUA.— ¿Esperabas que te dejase en manos de ese bocazas?

AIXA.— ¡Yo quería ir con él!

STUA.— ¿Con él?

(SUENAN TROMPETAS. TODO EL MUNDO SE INMOVILIZA)

INTE.— ¡Las trompetas del Palacio! ¡La princesa Zulema se acerca! ¡Paso a la princesa! ¡Pobre de aquel que continúe en la calle cuando ella aparezca! ¡Todo el mundo fuera! ¡Paso a la princesa Zulema!.

AIXA.— ¡Vámonos si no quieres que te muelan a palos! ¡La princesa es hija del Califa! ¡Nadie tiene derecho a contemplarla! ¡Quien la ve, debe morir!.

STUA.— (A Aixa) (por el Intendente). Y él ¿quién es?

AIXA.— Es el Intendente del Califa.

STUA.— Pero...

AIXA.— ¡Haz lo que quieras! ¡A mí no me importa quedarme sin amo! (Abre una cesta grande y se mete dentro. Stuart se mete con ella).

(SE OYEN LAS TROMPETAS MAS CERCA. APARECE LA SILLA DE MANOS DE LA PRINCESA. A ELLA LA ESCONDE UNA CORTINA).

INTE.— ¡Señora mía!.

ZULE.— (Sacando una mano) ¿Has comprado la esclava que necesito?

INTE.— ¡Aún no, por culpa de un forastero cretino! ¡Pero la tendréis hoy mismo con vos, Señora, os lo prometo!.

ZULE.— ¡Espero que sabrás escoger!. Seguiré mi paseo. Avanza y ábreme camino.

(EL INTENDENTE SE INCLINA RESPETUOSO Y SALE DE ESCENA, SE LE OYE GRITAR).

INTE.— ¡Paso a la princesa Zulema! ¡Apartaos o moriréis! ¡Paso a la princesa Zulema!.

(ENTRETANTO ZULEMA HA APARTADO LA CORTINILLA Y OBSERVA EL MERCADO. EL VELO QUE LE CUBRE A MEDIAS LA CARA NO LLEGA A OCULTAR SU MARAVILLOSA Y FRIA BELLEZA. STUART LEVANTA LA TAPA DE LA CESTA. EL BRAZO DE AIXA PROCURA RETENERLO, PERO EL HA SACADO LA CABEZA Y CONTEMPLA ABSORTO A LA PRINCESA. ELLA SE SIENTE OBSERVADA Y, CON SORPRESA, DESCUBRE A STUART. QUEDAN INMOVILES UNA Y OTRO UNOS SEGUNDOS. LUEGO ZULEMA DEJA CAER AL SUELO UN DIMINUTO PAÑUELO DE ENCAJES. EN SEGUIDA HACE UN GESTO Y DEJA CAER DE NUEVO LA CORTINILLA. LA SILLA SE PONE EN MARCHA Y DESAPARECE DE LA ESCENA).

(Se oye la voz del Intendente) ¡Paso a la princesa Zulema! ¡Apartaos de su vista, miserables! ¡Paso a la princesa Zulema!.

(STUART SALE DE LA CESTA, SE ACERCA AL PAÑUELO CAIDO, LO RECOGE, LO MIRA, LO ESTRECHA CONTRA SU PECHO, LO HUELE, LO BESA. TODO MUY EXTREMOSO. APARECE EL INTENDENTE).

INTE.— ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Mirad quien está ahí, faltando a las órdenes del Califa! ¡Te has atrevido a mirar a la princesa y eso se paga con la muerte!.

STUA.— ¿Quién me la dará?

INTE.— ¡Yo! ¡Ahora probarás el sabor de esta espada!.

STUA.— ¡No vayas tan deprisa, fanfarrón! ¡También yo tengo una espada! ¡Aquí te espero! ¡Ataca si quieres!.

INTE.— ¡No durarás ni dos segundos! ¡Toma!.

(SE ORGANIZA UNA PELEA CON LAS ESPADAS, MEJOR DICHO, LOS ALFAN-
GES. STUART, MAS DELGADO QUE SU Oponente, SE DEFIENDE MEJOR SIN
DEJAR DE SONREIR NI UN INSTANTE, MIENTRAS DURA EL ENFRENTA-
MIENTO).

STUA.— ¡Has fallado! No soy una víctima tan fácil como creías, ¿verdad?

INTE.— ¡No te durará mucho la risa!.

STUA.— ¡Calla, que te cansas al hablar! ¡Si estás empezando a sudar! ¡Te conviene mucho hacer un poco de ejercicio!.

INTE.— ¡Te tengo que destrozar! ¡Te voy a hacer añicos!.

STUA.— ¡Estás perdiendo la iniciativa y el terreno! ¡Me parece que no lo estás pasando tan bien como esperabas!.

INTE.— ¡No escaparás! ¡A mí la guardia!.

STUA.— ¡Traidor!.

(ENTRETANTO AIXA HABIA SALIDO DE SU ESCONDRIJO, PROCURANDO PA-
SAR INADVERTIDA Y SE HABIA SITUADO DETRAS DEL INTENDENTE. DE
PRONTO CUANDO LE PARECE EL MOMENTO PROPICIO HACE CAER UN
TENDERETE DE FRUTAS SOBRE EL INTENDENTE QUE CAE AL SUELO Y
QUEDA MEDIO ENTERRADO POR ELLAS O BIEN LE TIRA A LA CABEZA LA
VELA DEL MISMO EN LA CUAL QUEDA ENVUELTO MIENTRAS GRITA Y
JURA).

INTE.— ¡A mí la guardia! ¡Un ejército entero me está atacando! ¡A mí la guar-
dia!.

STUA.— (A la chica) ¿Por qué te metes donde no te llaman? ¡Yo sólo habría ter-
minado con él!.

AIXA.— ¡No te hagas el héroe! ¡Un momento más y esto será un bullidero de
soldados!.

(NO SE SABE BIEN DE DONDE, SALE EL ENCANTADOR DE SERPIENTES, HASTA AHORA PERSONAJE AMBIENTAL Y ANONIMO).

OMIN.— ¡Psst! ¡Venid hacia aquí! ¡Deprisa!.

STUA.— ¿Quién es éste?

AIXA.— ¡Alguien que quiere salvarte!.

INTE.— ¡Auxilio! ¡A mí la guardia!.

(STUART Y AIXA SIGUEN AL ENCANTADOR DE SERPIENTES. NO HAY TRANSICION. STUART ES INTRODUCIDO EN UNA VIVIENDA DE ASPECTO MISERABLE).

OMIN.— ¡Pasad, pasad! De momento aquí estarás seguro, forastero.

AIXA.— ¡Merecería que no le hubieras ayudado! ¡Quedarse encandilado con la princesa!.

STUA.— ¡Es la mujer más extraordinaria que he visto en mi vida!... Y tú eres mi esclava. ¡A callar!.

AIXA.— Callo porque prefiero callar.

STUA.— Tú eres el encantador de serpientes. Gracias por tu ayuda. ¿Cómo es que me has salvado a mí, que soy un extraño?.

OMIN.— Nadie de nuestro pueblo simpatiza con el Intendente.

STUA.— ¿Y con el Califa?

OMIN.— Espera... (Escucha) La calle está llena de soldados. Te buscan. ¡Si te encuentran pobre de ti!.

STUA.— Quiero hacerte unas preguntas. Pagaré bien la información que me des...

OMIN.— ¿Qué quieres saber?

STUA.— He estado mucho tiempo fuera del país. Ignoro muchas cosas. Algunos dicen que el Califa es un tirano...

AIXA.— Lo es. El y los otros príncipes del país. Aquí miseria, miseria y miseria, pero ellos viven rodeados de los placeres más refinados. Con un lujo oriental.

STUA.— Malas lenguas dicen también que el pueblo quiere sublevarse y que hay un ejército de rebeldes preparado para arrebatarle el trono.

OMIN.— Son cosas que se dicen, sí. ¡Cuidado, los soldados están registrando casa por casa! ¡Tenéis que esconderos!.

STUA.— Pero ¿dónde está este ejército de rebeldes? Yo no he visto signo ninguno de guerra...

AIXA.— Los rebeldes y el Califa han suscrito un pacto secreto. Se odian pero tienen un enemigo común: los ingleses. Se unirán contra los ingleses porque quieren liberar el país de la influencia extranjera.

STUA.— (Para sí) Sabes muchas cosas...

OMIN.— Hablas demasiado, Aixa.

(GOLPES EN LA PUERTA).

VOZ DEL INTENDENTE.— ¡Abrid! ¡Somos los soldados del Califa! ¡Abrid inmediatamente!.

OMIN.— ¡Ya están aquí!.

STUA.— ¡Huiré por una ventana!.

OMIN.— ¡No, la casa debe estar rodeada!.

VOZ DEL INTENDENTE.— ¡Abrid o tiramos la puerta al suelo!.

OMIN.— ¡Meteros aquí dentro!.

AIXA.— ¡No cabemos!.

STUA.— Sí cabremos. ¡Venga! (Se meten en un espacio muy pequeño lleno de cachibaches. Omin abre la puerta).

INTE.— ¡Ya era hora! ¿Por qué tardabas tanto?

OMIN.— Guardaba mis pobres serpientes.

INTE.— ¡Algo escondías, seguro! ¿Al extranjero que buscamos, quizás? ¡No digas nada! Escucha, si le has ayudado el castigo será terrible. En los subterráneos de Palacio tenemos máquinas de tortura que ponen los pelos de punta. Confiesa dónde se oculta el extranjero y tendrás una muerte rápida, ya ves que soy magnánimo.

OMIN.— Soy un pobre encantador de serpientes. No escondo nada ni a nadie.

INTE.— (A sus soldados) ¡Registrad la casa! No dejéis nada por ver. Seguro que mientes y te arrepentirás mil veces. ¡Tiembla, tiembla! ¿No le encontráis? ¿Es que tendré que buscarle yo? Un momento, ¿habéis mirado aquí? (Indica el lugar donde se ocultan Stuart y Aixa) ¿No? ¡Vaya! ¿Qué te parece si miro yo mismo?

OMIN.— ¡Será un honor!.

INTE.— ¿Un honor? (Va a levantar la tela que cubre a la pareja).

OMIN.— ¡Es ahí donde guardo mis serpientes mejores, las más venenosas!.

INTE.— ¿Las más venenosas? (Tiene una mano cogiendo la tela y Aixa le muerde). ¡Ay! ¡Una enorme serpiente me ha clavado sus colmillos! ¡Soy hombre muerto! ¡Auxilio! ¡Salvadme! ¡Tened piedad de mí!.

OMIN.— Aun estáis a tiempo de salvaros excelentísimo Intendente. Id inmediatamente a la plaza del Zoco. Allí daréis siete vueltas a la plaza. Entre vuelta y vuelta vuestros soldados os darán una paliza. Así la sangre os hervirá y fácilmente escupiréis el veneno de la serpiente.

INTE.— ¿Estás seguro? ¡Oh, gracias, gracias! ¿Lo habéis oído? ¡Corred, tenéis que salvarme la vida! ¡Rápido, rápido! No os entretengáis. ¡Tenéis que darme siete palizas!.

(SE VA CORRIENDO SEGUIDO DE TODOS SUS HOMBRES).

OMIN.— Podéis salir. ¡Ha pasado el peligro!.

STUA.— ¡Una actuación magnífica! ¡Estoy en deuda contigo!. Y el mordisco de Aixa ha sido perfecto. Te felicito, Aixa.

(AIXA PARECE HIPNOTIZADA MIRANDOLE).

AIXA.— ¡Lo tienes tú!.

STUA.— ¿Qué?.

AIXA.— ¡Tú!.

STUA.— Ahora tengo que irme. Yo solo. Anochece y quiero intentar... Es una locura, lo sé. Aixa no puede acompañarme. (A Omín) ¿Te importa que se quede contigo?

OMIN.— ¡No!.

STUA.— Aquí tienes unas monedas. Cómprale ropa... Vendré a buscarla. Ahora la calle está desierta y no hay peligro. Me voy. Espero que volveremos a vernos esta misma noche. Pero si no volviera... no os preocupéis por mí. Eres libre, Aixa. ¡Hasta la vista! (Sale de la escena).

OMIN.— ¡Este hombre me preocupa! ¿Quién es y qué busca?

AIXA.— ¡Lo tiene él!.

OMIN.— ¿Qué dices? ¿Qué te pasa?

AIXA.— Lleva colgado del cuello un medio medallón.

OMIN.— ¿Qué quieres insinuar?

AIXA.— ¡La mitad que falta al medallón del palacio del Califa!.

OMIN.— ¡No puede ser! ¡Desvarías!.

AIXA.— Lo lleva colgado del cuello. ¡Ahí dentro no se cabía y he tenido aplastado contra mi cara el medio medallón!.

OMIN.— ¿Sabes la importancia de lo que estás diciendo?

AIXA.— Hace veinticinco años una diadema espléndida fue ofrecida al Califa que entonces reinaba ¿verdad? El que la poseyera tendría el poder...

OMIN.— Sí. Y desapareció y nadie sabe donde está. Y si es aquí donde quieres ir a parar, continuaré diciendo que el lugar en que está escondido figura grabado en un medallón de bronce que fue partido en dos y del cual la gente de palacio solo tiene una mitad. ¿Quieres tú decir que el extranjero tiene la otra mitad?

AIXA.— Lo tiene, te lo aseguro. Cuando venga a buscarme hemos de conseguir que nos lo dé.

OMIN.— Tendríamos que robar la mitad que está en palacio para tenerlo entero...

AIXA.— Por culpa de ese extranjero no he podido introducirme en palacio tan como queríamos. Pero no importa, ¡entramos igual los dos!

OMIN.— ¿Cómo?

AIXA.— El extranjero te ha dado unas monedas para comprarme ropa. Compraremos para mí y para tí.

OMIN.— ¿Qué estúpida idea se te ha metido en la cabeza?

(CAMBIO DE ESCENA MUY RAPIDO. PALACIO DEL CALIFA. MARMOLES PULIDOS COMO ESPEJOS. GRANDES ALMOHADONES. PEBETEROS. ALGUN SURTIDOR. TERRAZAS QUE SE ABREN A LA NOCHE, A LAS ESTRELLAS Y A UNA LUNA ENORME EN CUARTO CRESCIENTE. EL CALIFA ESTA SENTADO SOBRE UNOS COJINES. ES MAS BIEN GORDO Y PESADO. VESTIDOS DE COLORES CHILLONES RECUBIERTOS DE PEDRERIA. LLEVA COLLARES Y EN LOS DEDOS MUCHOS ANILLOS. COME O FUMA CON INDOLENCIA. CON EL ESTAN OTROS SEÑORES DE TIERRAS EXOTICAS, QUE SON SUS INVITADOS).

CALI.— ¡Antes que otra cosa somos árabes! ¡Todos! Vosotros y yo, pero también lo son ese puñado de rebeldes que nos dan la lata. Ellos nos envidian porque somos los amos del dinero y olvidan que el dinero lo hemos ganado con nuestro sudor (Murmullos generales del “Muy bien”. “Sí señor”. “Así es como se ha de hablar”). Pero ellos y nosotros antes que otra cosa ¡somos árabes!; amamos nuestros monumentos, nuestras palmeras, y no podemos consentir —no señores, no podemos consentir— que los ingleses quieran dominarnos. Por eso hemos pactado provisionalmente con los rebeldes y juntos derrotaremos a los ingleses. ¡No nos volveremos atrás de esa decisión! ¡La independencia de Arabia antes que nada!. Después... ya hablaremos. Porque algún día encontraremos el pedazo que falta de nuestro medallón, base de nuestras esperanzas de gloria (mientras habla señala

la joya que está colocada en un lugar destacado) y entonces conseguiremos apoderarnos de la diadema sagrada y nadie volverá a discutirnos nuestra fuerza. ¡He dicho!. (Aplausos, bravos, apretones de manos). Ahora bebed y divertiros hermanos míos. La fiesta empieza (Hace sonar un gong. Entran las esclavas, se inclinan delante de los señores y empieza la danza, un suceso de danza oriental más o menos fantástico. La música, la danza, los platos exquisitos, las carcajadas de los invitados... De pronto, a las esclavas que están bailando ya, se les unen otras dos, nuevas, aparecidas no se sabe como. También bailan, pero con dificultad, sobre todo una de ellas. Son Aixa y Omín disfrazados).

OMIN.— ¡Me he metido en un lío! ¡No sé como hacerlo!

AIXA.— ¡Tú baila y calla!. Con gracia; pareces un pato. No querrás que nos desurban.

(EL INTENDENTE ESTA EN LA SALA. EL CALIFA LE HACE UNA SEÑAL).

CALI.— ¡Quién es aquella chica tan mona? (Señala hacia Omín) No la recuerdo. Haz que se acerque.

(MIENTRAS LOS OTROS SIGUEN BAILANDO, EL INTENDENTE COGE A OMIN POR UN BRAZO. ALARMA DE EL Y DE AIXA. EL INTENDENTE LE HABLA EN VOZ BAJA Y LUEGO SE SEPARA. OMIN ESTA ESTUPEFACTO).

AIXA.— ¡Qué pasa?

OMIN.— ¡Le he gustado al Califa! ¡Estamos perdidos!

AIXA.— ¡No estamos perdidos! ¡Es el momento que buscábamos!. Anda, miedoso.

OMIN.— ¡Aixa, no sé cómo salir de este lío! ¡Querría que la tierra se me tragara!. ¡Qué estoy haciendo, yo, aquí?

AIXA.— ¡Improvisa y adelante! (Le da un empujón. Omín va a parar a los pies del Califa).

CALI.— ¡No tengas miedo!. No has de ser tímida con el Califa. Tu gracia me ha robado el corazón. Quiero que mis amigos sean testigos de mi poética delicadeza. Te regalo una flor para que te acuerdes siempre de este día (La atención de todos está fija en el Califa y en Omín. Omín besará la mano del Califa siguiendo un ritual complicado y éste luego le entregará la flor. Los convidados aplauden y honran a la “gentil” esclava. Entretanto, aprovechando la distracción general, Aixa ha volatilizado el medallón) ¡Que siga la fiesta!.

(LA DANZA LLEGA A SU PAROXISMO Y LUEGO LAS ESCLAVAS SALUDAN Y SE VAN).

AIXA.— ¡El medallón es nuestro! (Desaparecen también ella y Omín).

CALIFA.— Sé que deseáis ver de cerca el medallón sagrado, fuente de nuestras esperanzas de gloria. ¡Muéstralo, Intendente!

INTE.— (Angustiado y con gestos exagerados) ¡El medallón ha desaparecido! (Hace sonar el gong). Ilustre Califa, ¡alguien ha robado el medallón!

(COMENTARIOS DESOLADOS DE LOS INVITADOS QUE GESTICULAN APASIONADAMENTE).

CALI.— ¿Quién lo ha robado? Que me traigan al culpable, ¡que me lo traigan!

INTE.— Los rebeldes.

CALI.— ¿Cómo lo sabes?

INTE.— ¿Quién, sino?

CALI.— (Tanto esta réplica anterior como algunas de las otras puede hacerla alguno de los invitados) Pero ¿de qué va a servirles medio medallón? No sirve de nada...

INTE.— Quizá han encontrado la otra mitad...

CALI.— ¡Malditos rebeldes! ¡Nos quieren fastidiar! ¡quieren hundirnos! ¡Ay! ¿Por qué no viviré en los tiempos en que los señores hacían lo que querían y nadie les pedía cuentas... (Cambio. Habla como iluminado) ¡Compañeros! ¡Se impone una decisión grave! ¡Nadie, nadie nos ha de quitar el poder! ¡Si ellos quieren hacer la guerra por su cuenta, nosotros la haremos por nuestro lado! ¡Ratificaremos el pacto con los ingleses! ¿Estáis de acuerdo? (Frenético asentimiento de los invitados). Les daremos lo que quieran a cambio de conservar nosotros lo que tenemos. ¡Que se hunda Arabia, pero no nosotros (Aclamaciones) ¡Nuestro poder antes que nada! ¡Y no cambiaremos de opinión! (Más aclamaciones). ¡La fiesta se ha terminado! ¡Tenemos que ocuparnos de cosas serias!.

INTE.— Avisaré al Embajador británico para que acuda a veros a Palacio.

(EL INTENDENTE Y LOS INVITADOS SE VAN. EL CALIFA SE QUEDA SOLO).

CALI.— ¡Siempre al pie del cañón! ¡Y después dirán que nos damos la gran vida! ¡Ay! ¡La soledad de los grandes hombres! Nadie nos comprende...

ZULE.— ¿Yo tampoco?

(ENTRA LA PRINCESA BELLA, COMO UN SUEÑO).

CALI.— ¡Estrella de mi mañana, consuelo de mi vejez, mi hija única y adorada! Ven aquí y da un beso a tu papá. Todos los sacrificios que hago son por tí, para que tengas un buen pasar el día de mañana, cuando yo me muera. Cuéntame ¿qué has hecho hoy?

ZULE.— He ido de compras. Estoy cansada. ¡Quiero dormir, papá!

CALI.— ¡Que duermas bien mi vida! ¡Ay! ¡eres la última cosa segura que me queda en este mundo! ¡Tú y mi cuenta corriente en Suiza! ¡Buenas noches, angel de inocencia!

(EL CALIFA SE VA. POR UN MILAGRO DE LA IMAGINACION, AHORA FIGURA QUE NOS ENCONTRAMOS EN LAS HABITACIONES PRIVADAS DE LA PRINCESA. ZULEMA GOLPEA SUS MANOS Y ENTRAN DOS ESCLAVAS).

ZULE.— ¿Me habéis preparado el baño?

ESCL.— Está a punto, Alteza.

(ESCENA MAS O MENOS LARGA EN QUE DETRAS DE UNAS GASAS LA PRINCESA SE BAÑA AYUDADA POR UNA DE LAS ESCLAVAS, MIENTRAS LA OTRA MODULA UNA MELODIA SIN ABRIR LA BOCA Y CON UN GRAN ABANICO LE ESPANTA LAS MOSCAS. EL ABANICO ES DE PLUMAS).

ZULE.— Hoy un hombre se ha atrevido a mirarme cuando yo pasaba por el mercado...

ESCL.— ¡Le habrán castigado!.

ZULE.— Me lo figuro... ¿Sabes? No estaba nada mal...

ESCL.— Las esencias perfumadas, Alteza...

(ZULEMA ADOPTA UNA ACTITUD ESCULTORICA, UN BRAZO LEVANTADO Y EL OTRO EN LA CINTURA. LA ESCLAVA DA VUELTAS AL REDEDOR ROCIANDOLA CON UN PULVERIZADOR).

ZULE.— Muy bien. Podéis retiraros.

(LAS ESCLAVAS SE VAN. ZULEMA SE ECHA EN LA CAMA. SOLO SE LE VE EL PIE. EL RESTO DEL CUERPO QUEDA TAPADO POR UNA CORTINA SEMI-TRANSPARENTE QUE EL AIRE DE LA NOCHE HACE ONDULAR Y MOVERSE. LA MELODIA QUE CANTABA LA ESCLAVA, UNA MELODIA ROMANTICA, DE PELICULA, VUELVE A OIRSE. ESTA VEZ ES LA ORQUESTA QUIEN LA TOCA,

SUAVE Y APASIONADAMENTE. STUART SALTA LA BARANDA DE LA TERRAZA. MIRA VIGILANTE, HACIA TODOS LADOS. DESDE EL PRIMER MOMENTO SE DA CUENTA DE QUE LA PRINCESA ESTA AHI, Y DE QUE ESTA DORMIDA. SE ACERCA. LA MUSICA SUENA DULCEMENTE, LA CORTINA SE HINCHA CON EL VIENTO. STUART SE INCLINA Y BESA EL PIE DE ZULEMA. UN ESTALLIDO DE COLORES RUTILANTES. LA PRINCESA SE DESPIERTA).

ZULE.— (Medio dormida) ¿Quién sois?.

STUA.— ¡El más humilde de vuestros admiradores!.

ZULE.— ¿Duermo o estoy despierta?

STUA.— Yo, duermo; vos, no lo sé.

ZULE.— ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis entrado?

STUA.— Saltando las murallas.

ZULE.— ¿Saltando?... (Reacciona) ¿Os habéis atrevido? ¿Sabéis quien soy? ¡Voy a llamar la guardia!.

STUA.— ¡No lo haréis!.

ZULE.— ¿Que no? ¡Auxilio! ¡A mí la guardia! ¡Pagaréis bien caro este atrevimiento...

STUA.— Estoy en vuestras manos Princesa...

(SE ESCONDE SIN MARCHARSE. ENTRA UNA ESCLAVA).

ESCL.— ¿Habéis llamado, princesa? ¿Os encontráis bien? ¿Queréis que llame a la guardia?.

ZULE.— Era solo una pesadilla. Me encuentro perfectamente. Puedes marcharte...

(LA ESCLAVA SE VA. STUART SALE DE NUEVO).

STUA.— ¡Gracias!.

ZULE.— Sois un ladrón.

STUA.— ¡Sí! ¡Quiero vuestro corazón!.

ZULE.— ¡El corazón de una princesa no se consigue fácilmente! ¿Cómo os llamáis?.

STUA.— Stuart.

ZULE.— ¿Extranjero?

STUA.— A medias...

ZULE.— ¡Y muy atrevido!...

STUA.— Vuestros ojos tienen la culpa. Cuando me habéis mirado esta tarde he comprendido que vos jugaríais un papel importante en mi vida. Ahora he venido a traeros vuestro pañuelo...

ZULE.— Vuestro parloteo me ha divertido... Os regalo el pañuelo...

STUA.— ¿Qué puedo daros en cambio? ¡Ah, ya lo sé! ¡Tened! Medio medallón, era de mi madre y hasta hoy no me lo había quitado del cuello. (Se lo pone a Zulema, ésta no lo mira). Me voy, pero volveré.

ZULE.— Sois muy imprudente. Os cogerán...

STUA.— No, si vos me dáis buena suerte.

ZULE.— ¿Cómo?

STUA.— Así (La besa. Musiquita y luces de colores) Zulema, cada vez que miréis a la luna, acordaos de mí...

(SE VA POR LA TERRAZA. ZULEMA, LANGUIDA, COGE EL MEDALLON MECANICAMENTE. LO MIRA. LA MUSIQUITA DESAFINA Y ACABA BRUSCAMENTE. LA PRINCESA PARECE ATONITA).

ZULE.— ¡Alá sea alabado! ¿Cómo es posible? ¡Aquí mis esclavas! (Mientras entran las esclavas ella va a mirar por la terraza). Sí, ¡aún se le ve! (Entra en la habitación y se dirige a una esclava). Ve corriendo a decir a la guardia que siga a distancia y sin descubrirse al hombre que escapa por los jardines del palacio. ¡Rápido! ¡Y tú avisa a mi padre! ¡Quiero hablar con él! ¡La princesa Zulema tiene en sus manos el destino del país!.

(CAMBIO DE ESCENA RAPIDO. LA CASA DE OMIN QUE YA CONOCEMOS. ENTRAN AIXA Y OMIN).

OMIN.— El destino del país estará en manos de quien posea las dos mitades del medallón. Nosotros tenemos ahora la de la Mezquita. Es preciso que el extranjero te dé la suya. Confío en tí. Y me voy. Ya sabes donde puedes encontrarme.

(OMIN SALE DE LA ESCENA. AIXA SE QUEDA SOLA).

AIXA.— ¡El extranjero! ¿Por qué posee la mitad del medallón? ¿Cuál es su secreto? No me ha gustado desde el primer momento. ¡Tan seguro de su fuerza y de su bondad! Se puede decir que ni se ha dignado mirarme. En cambio a la princesa... ¡se la comía con los ojos! ¡Oh! ¡es mentira que no me guste! Me costaría poco trabajo enamorarme de él.

(ENTRA STUART).

STUA.— ¡Hola! ¿Estás sola?

AIXA.— Omín ha tenido que marcharse. Pareces contento...

STUA.— ¡Sí!.

AIXA.— Te he de hablar. Escúchame. Omín y yo formamos parte de los rebeldes que quieren destronar al Califa...

STUA.— Me lo figuraba...

AIXA.— Omín se ha marchado al Oasis de Tamara. Todos los rebeldes nos reuniremos allí, y si tenemos la diadema sagrada, desencadenaremos el contraataque definitivo que hará caer al Sultán.

STUA.— ¿Pensáis obtener la diadema?.

AIXA.— Hemos robado del Palacio la mitad del medallón que explica donde está escondida. La otra mitad... ¡la tienes tú!.

STUA.— ¿Yo?

AIXA.— ¡Sí! ¡La llevabas colgada al cuello!.

STUA.— ¡El medallón de mi madre! ¿Es con él que se puede encontrar la diadema sagrada?

AIXA.— Dánoslo. Harás un gran servicio a mi país.

STUA.— ¡Una diadema no da el poder! ¡Eso son supersticiones!...

AIXA.— La diadema sagrada lleva dibujado un mapa con todos los lugares de Arabia en que hay petróleo. ¡Es este su poder!.

STUA.— ¡El petróleo!... No debiera decírtelo pero te lo diré. Me llamo Stuart. Soy un espía inglés.

AIXA.— ¡Un enemigo!

STUA.— No lo sé. Estoy confundido... Acabo de enviar un mensaje a mi general diciéndole que hay una alianza entre el Califa y vosotros los rebeldes.

AIXA.— Hemos roto la alianza... ¡Eres un espía! ¡Y tienes el medallón!.

STUA.— Ya no lo tengo. No sabía lo que era y lo he dado a la princesa.

AIXA.— ¡A la princesa! ¡Miserable! ¡Te he de matar extranjero!.

(QUIERE CLAVAR SU PUÑAL EN EL PECHO DE STUART PERO EL LA SUJETA POR LA MUÑECA Y LE HACE SOLTAR EL ARMA).

STUA.— No seas niña y hablemos con calma.

AIXA.— ¡Eres el más abyecto de los infieles! ¡Que la maldición de mi pueblo caiga sobre tu cabeza! ¡Nos volveremos a ver!.

(AIXA SALE CORRIENDO).

STUA.— ¡Aixa! ¡Ah! ¡Qué dudas tan terribles se desatan en mí!.

VOZ DEL INTENDENTE.— ¡Coged la esclava! ¡Cogedla!.

STUA.— ¿Qué?

VOZ DE UN SOLDADO.— ¡Se ha escapado, señor!.

VOZ DEL INTENDENTE.— ¡Sois unos inútiles! ¡Es igual! ¡Rodead la casa! ¡El extranjero caerá por fin en nuestras manos!.

STUA.— ¡Me han seguido! ¿Cómo es posible? ¡Alguien me ha traicionado! (Saca la espada).

VOZ DEL INTENDENTE.— ¡Sal y ríndete extranjero!.

STUA.— Entra a buscarme, ¡si quieres!.

(ENTRAN UNOS SOLDADOS Y DETRAS EL INTENDENTE).

INTE.— ¡Tengo la casa rodeada y si la esclava ha podido huir a tí te será imposible! ¡Atacadle! (Los soldados atacan y Stuart repele la agresión con sonrisa estereotipada). ¡Todos a la vez! ¿No sabéis mover un alfange?

STUA.— ¡Ven y enséñales cómo se hace!.

SOLD.— ¡Aggg! (Cae muerto. Gritos, acción y muertos a discreción).

INTE.— ¡Quien lo desarme y reduzca obtendrá una bolsa de oro! ¡Pero cuidado! ¡Lo necesito vivo! ¡Después tendrá que confesar todos los secretos de los rebeldes! ¡Gracias a Alá vuelve a haber guerra entre ellos y nosotros!.

(DE REPENTE, HIEREN A STUART).

STUA.— ¡Ah! (Se pone una mano sobre la herida y con la otra sigue luchando).

INTE.— ¡Ya es vuestro! ¡Un esfuerzo más!.

(LA ESPADA DE STUART SE ROMPE. LA ARROJA LEJOS CON DESPRECIO).

STUA.— ¡Con los puños, lucharé! ¡Venderé cara mi vida!.

INTE.— ¡Terminad de una vez!.

(LOS SOLDADOS SE ARROJAN TODOS A UNA SOBRE STUART. EL LUCHA COMO UN LEON ACORRALADO. CONFUSION. FINALMENTE CONSIGUEN INMOVILIZARLE).

INTE.— ¡Sujetadlo bien! ¡Irá hasta palacio atado a la cola de mi caballo!. ¡El Califa y la princesa estarán contentos!.

STUA.— ¡La princesa no, miserable!.

INTE.— ¡Eres un inocente!.

STUA.— Soy un inglés. ¡Reclamo que se avise al embajador de mi país!.

INTE.— ¡Inglés, eh? ¡Sí, hombre, sí! ¡Pues ya procuraré que te visite un compatriota tuyo más importante que el Embajador! ¡Con que inglés, eh?.

STUA.— ¡Ahora no lo cree!.

INTE.— ¡En marcha! ¡Te espera un horrible destino! ¡Un destino que no puedes haber soñado nunca, ni en el peor de tus sueños!.

(CAMBIO. EL PALACIO DEL CALIFA. LAS ESCLAVAS BAILAN DELANTE DE SU SEÑOR).

ESCL.— Y nosotras baila que baila... ¡Qué vida!.

(DE REPENTE SE OYEN CAÑONAZOS. LAS ESCLAVAS LLENAS DE PAVOR DEJAN DE BAILAR Y CORREN DE UN LADO A OTRO CHILLANDO, ABRAZANDOSE Y LLORANDO).

CALI.— ¡Qué pasa? ¡A mí, mis soldados! ¡Qué pasa? ¡Quién nos ataca? ¡Calma, calma! ¡No os alborotéis!.

(ENTRA EL INTENDENTE Y SE POSTERNA ANTE EL CALIFA)

INTE.— Me humillo delante de vuestra majestad y pido permiso para explicar la situación.

(EL CALIFA PRESENTA SU MANO Y EL INTENDENTE LA BESA).

CALI.— ¡Al grano, Intendente, al grano! ¿Es que los rebeldes nos atacan? ¿Desde cuando tienen cañones?

INTE.— No son los rebeldes, señor. Son los ingleses...

CALI.— ¡Los ingleses?

INTE.— Ha llegado al puerto una flota de guerra. De momento no disparan más que al aire, pero se trata de un aviso de hostilidad. El General británico ha desembarcado y exige una audiencia de vuestra majestad.

CALI.— ¡Así reviente! ¡Dile que pase! (A las esclavas) ¡Y vosotras fuera de aquí!
¡Parecéis gallinas!.

(EL CALIFA QUEDA SOLO. SE SIENTA CON RIDICULA DIGNIDAD, PERO SACA DE SU MANGA UN PAÑUELO Y LO MUERDE CON IMPACIENCIA. ENTRA EL GENERAL QUE HEMOS CONOCIDO AL EMPEZAR LA OBRA).

GENE.— ¡Califa!...

CALI.— General... (Presenta la mano en la que sostiene el pañuelo para que el General la bese. Este, a distancia, no se mueve. El Califa se incorpora y acerca más la mano. Nada. Acaba levantándose y procurando guardar la dignidad, se acerca decididamente al General presentándole la mano. Este coge el pañuelo).

GENE.— Muy amable. Hace mucho calor (Se seca la cara con el pañuelo y se lo devuelve. El Califa parece encogerse). Querido Califa, estáis jugando con fuego y os podéis quemar. Los cañonazos que habéis oído son una advertencia. Soy más fuerte que vos y si os ataco haré migajas vuestro ejército.

CALI.— Pero Inglaterra y Bagdad son amigos... ¿Por qué habláis de atacar?.

GENE.— ¡Se me ha dicho que os agradecería libraros de nosotros!.

CALI.— ¡Qué barbaridad! ¡No! ¡Jamás! ¡Es una mentira! ¡Es una calumnia de mis enemigos! ¡Hay una partida de rebeldes infectos que querrían arrebatarme el trono y que os odian... Es contra ellos que debéis ir, ¡no contra mí!.

GENE.— Desharemos a los rebeldes y dejaremos que vos continuéis de Califa, pero como prueba de buena voluntad, tenéis que darnos más petróleo.

CALI.— ¿Y dónde está ese petróleo? La diadema sagrada lo diría, pero aún no la hemos conseguido. ¡Hay que hundir a los rebeldes, General!.

GENE.— ¿Dónde se esconden?

CALI.— No lo sé. Hace una semana que hemos capturado a uno, pero no quiere decir donde están sus compañeros. Por cierto, ese prisionero insiste en que es inglés. ¿Queréis verlo?

GENE.— ¡Afirma ser inglés? ¡Bueno, pues veámoslo!.

(EL CALIFA HACE SONAR UN GONG. SONARA DE UNA MANERA MUY SINIESTRA. SE DESCUBRE UN LUGAR TENEBROSO, QUIZA ALUMBRADO POR

ANTORCHAS. STUART, MEDIO DESNUDO, ENCADENADO Y EN POSICION DE TORTURA. HAY UN VERDUGO HERCULEO, QUE PODRIA SER EL INTENDENTE).

VERD.— ¡Confiesa donde están los rebeldes! ¿Cuánto tiempo vas a resistir? ¡Pero por mí, aguanta; me gusta hacer durar la diversión!.

CALI.— (Al verdugo) Para un momento (A Stuart) ¿No dices que eres inglés, miserable? Pues aquí tienes una visita.

STUA.— ¡General!.

GENE.— ¿Te duele mucho, muchacho?

STUA.— No importa, general. ¡Se resistir!.

GENE.— Eso está bien. Resiste, pues.

STUA.— ¿Me haréis libertar, general?

CALI.— ¿Sabéis quién es, general? ¿Se trata verdaderamente de un inglés? ¿Es un espía?

GENE.— ¿Inglés? Pero ¿qué decís? Es un mestizo (Pausa). No lo conozco. Yo no tengo espías.

STUA.— ¡General!.

GENE.— ¡Un mestizo! (Al verdugo) ¡Puedes continuar tu trabajo!.

(EL CALIFA Y EL GENERAL SE ACERCAN A PRIMER TERMINO).

GENE.— Dudo de que hable.

CALI.— Pues es la única pista que tenemos para encontrar a los rebeldes. En fin. Ya veremos. ¿Queréis hacerme el honor de acompañarme a la mesa?

GENE.— Espero que allí podré conocer a vuestra hija. He oído hablar muchísimo de su belleza.

CALI.— ¡Mi hija! ¡Aah! ¡Se me está ocurriendo una idea para conseguir que el perro infiel se descubra! ¡Es arriesgado, pero se puede probar!. Perdonadme un momento (Se acerca al verdugo y le habla al oído).

GENE.— ¿Qué habéis pensado?

CALI.— Voy a explicároslo enseguida...

(Se van los dos. Queda el verdugo con Stuart).

VERD.— ¿No hablarás, de una vez? Bien, te abandonaré un ratito. Voy a bañarme. Y luego comeré y beberé a mi placer. Brindaré a tu salud. ¡Ja, ja, ja!. (Se va el verdugo y Stuart queda solo).

STUA.— El general no ha querido reconocermé. Ha dicho que soy un mestizo. Si salgo de ésta me acordaré. Pero no saldré, todo ha terminado para mí.

(ENTRA ZULEMA).

ZULE.— ¡Stuart!

STUA.— ¡Princesa!

ZULE.— ¡Ten confianza! ¡No todo está perdido! ¡Vengo a salvarte!

STUA.— ¿Vos?

ZULE.— Olvidaré mi condición de princesa. Olvidaré cuanto sea necesario y te salvaré. Me pasaré al enemigo si es necesario... ¡Nada me importa!

STUA.— ¡No quiero que os sacrificuéis por mí, Zulema! ¡No lo aceptaré nunca!

ZULE.— El amor manda Stuart. Es imposible resistir a los impulsos del corazón. ¡Amado mío!

STUA.— ¡Zulema! ¡Desátame! (Lo hace) ¿Crees que podremos escapar sin que nos descubran?

ZULE.— Todo lo tengo dispuesto. No te preocupes. Pero... ¿dónde iremos? ¿Sabes donde están tus amigos?

STUA.— No sé si me considerarán como uno de ellos, pero sí, sé donde están. ¿Guardas el medallón que te dí?

ZULE.— ¡Míralo!

STUA.— ¡Espléndido! ¡Seremos muy bien recibidos en el campamento de los rebeldes!

(SALEN DE ESCENA. VIGILANDOLOS A DISTANCIA APARECEN EL CALIFA, EL GENERAL Y EL INTENDENTE).

CALI.— Ha quedado bien entendido que quiero que escapen sin obstáculos.

INTE.— He dado las órdenes oportunas. En el patio encontrarán dos caballos preparados, esperándolos, y podrán emprender la fuga.

CALI.— Tú en persona, Intendente, quedas encargado de seguirlos. Protege la vida de Zulema si lo necesita.

INTE.— Será un honor (Sale).

GENE.— Vuestra hija es una perla...

CALI.— Mi mejor tesoro. Por fin sabremos donde se esconden los rebeldes.

GENE.— Pero se lleva la mitad del medallón que el mestizo le había regalado.

- CALI.— Lo tenemos copiado con detalle. No nos hace falta.
- GENE.— Los rebeldes tienen la otra mitad y podrán saber donde está escondida la diadema sagrada.
- CALI.— Mi hija también porque estará con ellos. ¡Mirad, montan a caballo y emprenden el galope! ¡Adiós, hija querida. Que Alá guie tus acciones!.
- GENE.— ¿Quién tenga la llave para obtener el petróleo tendrá el poder. ¡No lo olvidéis!.
- CALI.— No lo olvido. El petróleo será nuestro.
- GENE.— ¡Mío, honorable Califa, será mío!.

(TRANSICION MUSICAL Y CAMBIO DE ESCENARIO. STUART Y ZULEMA MONTADOS A CABALLO. EL VIENTO LEVANTA SUS VESTIDOS. DETRAS EL DESIERTO SIN FIN, CIELO, ARENA Y EL SOL QUEMANDO LAS DUNAS).

- STUA.— ¡Vuela, caballo, vuela! Bagdad queda ya detrás de nosotros; delante nos espera nuestro destino. ¿Estás cansada Zulema?
- ZULE.— ¡Una princesa musulmana no se cansa nunca!
- STUA.— ¡Vuela, caballo, vuela!. El oficial al servicio del imperio británico queda lejos. ¡Ya no soy inglés! Ahora soy un hombre nuevo. ¡Esta es mi tierra! ¡El desierto mi casa! ¡Vuela, caballo, vuela!.
- ZULE.— ¡Stuart!.
- STUA.— ¿Qué te pasa?
- ZULE.— ¡El caballo no me obedece! ¡Se ha desbocado! ¡Sálvame, Stuart!.
- STUA.— ¡Agárrate bien! ¡No sueltes las riendas! (Stuart persigue el caballo desbocado de Zulema. Poco a poco consigue darle alcance) ¡No tengas miedo Zulema! ¡No te abandonaré! (De pronto el caballo de Zulema se encabrita, levantándose sobre las patas de atrás. Zulema grita. Stuart, en un movimiento de atleta excepcional, alarga el brazo, la levanta de la silla del caballo enloquecido y la deposita sobre su propia silla. El caballo de Zulema se desploma, muerto). Ha sido cosa de segundos, pero ¡ya estás a salvo! ¡Tranquilízate!.
- ZULE.— ¡Eres un hombre fuerte!.
- STUA.— ¡Y tú una mujer valiente!. No comprendo qué ha pasado. ¿No te importará cabalgar conmigo? No podremos ir demasiado deprisa.
- ZULE.— Estaremos más rato juntos. Y si viene alguien detrás nuestro, podrá seguirnos mejor.

STUA.— ¡En marcha hacia el Oasis de Tamara! Monto un caballo magnífico y llevo en mis brazos la mujer más bella de Oriente. ¿Qué me importa Inglaterra? El horizonte de arena se alarga hasta el infinito y la mordedura del sol, es una caricia. ¡Vuela, caballo, vuela!.

ZULE.— ¡Sueña, loco, ahora que puedes!.

(STUART Y LA PRINCESA LLEGAN A UN OASIS. LAS INEVITABLES PALMERAS, PLANTAS VERDES, Y EL SONIDO DEL AGUA, CONTRASTAN CON LAS ONDULACIONES DEL DESIERTO, VISIBLES EN ULTIMO TERMINO).

ZULE.— ¿Es aquí?

STUA.— ¡Eso creo!.

ZULE.— No veo a nadie.

STUA.— Ya saldrán (Abrazándola) ¿Qué más da? Estar a solas contigo es como estar en el paraíso.

ZULE.— Sí, pero hemos venido a encontrar a tus amigos.

(APARECE OMIN CON UNO O DOS HOMBRES MAS).

OMIN.— ¿Qué amigos?

STUA.— ¡Omín! ¡Soy yo, Omín! ¡No sabes cómo me alegra volver a verte, compañero!.

AIXA.— (Entrando). ¡Un compañero nuestro que también lo es de la princesa!.

OMIN.— No nos engañas forastero. Aixa nos ha explicado quién eres. Ignoro con qué pretensiones has venido, pero te arrepentirás de ello. ¡Guardad a la princesa! Nos servirá para negociar con su padre (Cogen a Zulema).

ZULE.— ¿Cómo os atrevéis? Stuart ¿qué pasa?.

STUA.— No te inquietes Zulema. Desharé el equívoco y todo se arreglará.

(SE LLEVAN A ZULEMA).

OMIN.— Extranjero, eres un enemigo y mereces la muerte.

STUA.— No la temo, pero con ella perderíais más que yo.

AIXA.— ¡Inglés presumido y estúpido!.

STUA.— No soy inglés. Mi madre había nacido en Bagdad y el medallón que yo llevaba colgado lo prueba.

CIEG.— ¡Esperad! (Aquel pobre que pedía limosna en el mercado de Bagdad se ha abierto paso, guiándose con un bastón. Es ciego). ¡Esperad!. Si el extranjero quiere, tiene derecho a la prueba de valentía y a la prueba de sabiduría. Si consigue vencerlas, nuestras leyes ordenan que se respete su vida.

OMIN.— No las vencerá.

STUA.— ¡Probémoslo! ¡Estoy dispuesto!.

OMIN.— Muy bien. A lo menos nos divertiremos. Comenzaremos por la prueba de la valentía. Tendrás que enfrentarte con uno de nosotros; irás desarmado y tendrás una mano atada a la espalda. Es una lucha a muerte.

STUA.— ¡Cuando quieras!.

OMIN.— Yo seré tu contrincante; ¡vas listo chico!.

(INMOVILIZAN UN BRAZO DE STUART. OMIN, EN CAMBIO, VA ARMADO DE UN CUCHILLO).

CIEG.— Podéis empezar. ¡Y que la mirada de Alá decida en esta lucha!.

(OMIN SE LANZA SOBRE STUART. ESTE ESQUIVA UNA Y OTRA VEZ LA TRAYECTORIA DEL CUCHILLO. LOS REBELDES ANIMAN A OMIN CON UN EXCITADO GRITERIO. AIXA SE MANTIENE APARTE, SIN ATREVERSE A MIRAR. STUART CAE AL SUELO. PARECE QUE YA NO PUEDE MAS Y QUE HA LLEGADO AL FINAL DE LA LUCHA, PERO CUANDO OMIN LEVANTA EL BRAZO ARMADO CON EL CUCHILLO Y SE INCLINA SOBRE EL, STUART LE COGE ENTRE LAS PIERNAS, HACIENDO CON ELLAS UNA LLAVE VIOLENTA QUE OBLIGA AL REBELDE A ABRIR LA MANO Y DEJAR CAER EL PUÑAL. YA NO PUEDE RECUPERARLO. CON EL IMPULSO DE LA LLAVE, PIERDE EL EQUILIBRIO Y CAE TAMBIEN DE CABEZA AL SUELO. STUART SE PONE DE PIE DE UN SALTO Y CONTRAATACA. EL CUERPO A CUERPO ES MUY VIOLENTO Y LAS FUERZAS PARECEN IGUALADAS, HASTA EL MOMENTO EN QUE STUART CON UNA VIOLENTA CRISPACION, CEDE. PARECE QUE OMIN PODRA ACABAR CON SU RESISTENCIA, PERO EN VEZ DE ESTO DE REPENTE, SE APARTA Y CAMBIA DE ACTITUD).

OMIN.— ¡Basta! ¡Paremos el combate! Este hombre ha sido maltratado duramente hace poco. Mirad su cuerpo. Pero a pesar de esto lucha muy bien. ¡Es un valiente! ¡El es el vencedor!.

STUA.— Había llegado al límite de mis fuerzas. Ganabas tú.

OMIN.— Has superado la prueba.

CIEG.— ¡No nos interesa el resultado del combate, nos interesa tu comportamiento durante el combate!.

(ACLAMACIONES EN HONOR DE STUART).

AIXA.— Falta la segunda prueba.

CIEG.— La de la sabiduría. Será tan sólo una adivinanza. Pero es necesario que contestes bien. No te precipites en responder. ¿Cuál es el animal que empieza teniendo cuatro patas, más tarde tiene dos y acaba finalmente teniendo tres?... ¡Piénsalo bien...!

STUA.— ¡No hace falta!. Es el hombre. Cuando nace gatea, o sea que anda a cuatro patas, después aprende a andar y lo hace sobre sus dos piernas, pero cuando envejece necesita un bastón como tú, y entonces pasa a tener tres, sus dos piernas y el bastón.

CIEG.— ¡La respuesta es exacta!.

AIXA.— (Para sí misma) ¡Salvado!.

OMIN.— ¿Cómo es posible que hayas contestado tan rápidamente?

STUA.— Te lo confieso: mi madre me había explicado muchas veces esa antigua adivinanza.

CIEG.— ¡Tenías que ser tú! ¡Por eso te he puesto esa adivinanza, para comprobarlo! ¡Gracias sean dadas a Ala! ¡Escuchadme todos! ¡Este muchacho es nieto del sabio que confeccionó la diadema sagrada!.

STUA.— ¿Qué dices?

OMIN.— ¡Explícate!.

CIEG.— El viejo sabio era mi amo. Con su gran ciencia había localizado todos los yacimientos de petróleo del país. Grabó la información en la diadema y la regaló al Califa. Después, desengañado de las intenciones de éste, la robó y la escondió. El medallón que daba las indicaciones para encontrarla, lo partió, como sabéis, en dos mitades. Tenía dos hijas y dió a cada una uno de los pedazos. El Califa lo persiguió, lo hizo prisionero y lo mató entre tormentos, sin conseguir que le revelase nada. También logró capturar a una de las chicas y así consiguió medio medallón, pero la otra hija consiguió fugarse a Europa. ¡No hay duda que era tu madre!.

OMIN.— Todo parece sencillo y normal.

AIXA.— (A Stuart) ¿No te avergüenzas? ¡Dejando que la princesa te engatusara has traicionado la voluntad de tu abuelo!.

STUA.— ¡Nada de eso! La princesa Zulema ha traído el pedazo de medallón que os faltaba. Si hemos venido ha sido para ayudaros...

OMIN.— ¿Es cierto? ¿Has traído el medio medallón?

STUA.— ¡Libertad a la princesa y os lo dará!.

- OMIN.— ¿Por qué no lo has dicho al llegar? Te habrías evitado las pruebas...
- STUA.— Hombre, no habría tenido gracia... (Entra la princesa, altiva) Todo solucionado Zulema. ¡Los rebeldes saben que somos sus amigos! ¡Dales el medio medallón!.
- ZULE.— ¡No sé si os lo merecéis por vuestra desconfianza!... ¡Tened! ¡Y no olvidéis que os lo da una princesa!.
- AIXA.— (Aparte) ¡Antipática!.
- OMIN.— (Solemne). Gracias princesa. Este es un momento muy importante para nuestro pueblo. Juntamos las dos mitades y la inscripción cobra sentido. El escondite de la diadema sagrada dejará de ser un secreto.
- CIEG.— ¡Lee Omín!.
- OMIN.— (Leyendo). “Allí donde se unen los caminos de Cordova y Samarkanda en la cripta de un antiguo santuario, destruído por el tiempo, la diadema sagrada espera que llegue aquél que la habrá merecido”... ¡Donde se unen los caminos de Cordova y Samarkanda! ¡Mañana saldremos a buscarla! ¡Hoy es un día feliz!.
- CIEG.— No te apresures a cantar victoria.
- OMIN.— Gracias, Stuart. Y más aún a vos, princesa. ¡Hemos de celebrar una fiesta!. Tenemos con nosotros a los músicos del desierto, y nuestras mujeres saben mezclar el vino y la miel. Vamos, será una noche de alegría.

(LA ESCENA QUEDA DESIERTA. A POCO SE EMPIEZAN A OIR LOS RUMORES DE LA FIESTA. ES DE NOCHE. AL CABO DE UNOS MOMENTOS, ENTRA ZULEMA CON AIRE SIGILOSO).

- ZULE.— Los caballos no pueden estar lejos. Que canten y bailen, pobres infelices. ¡La diadema será mía!.

(APARECIENDO DE PRONTO, AIXA SE ENFRENTA A ZULEMA).

- AIXA.— ¿Dónde vas Zulema?
- ZULE.— No tengo por qué darte explicaciones. Soy una princesa y tú eres una esclava...
- AIXA.— ¡No es cierto, no soy una esclava!
- ZULE.— ¡Ah! ¡sí! es verdad. He oído decir que Stuart te ha dado la libertad. Pobre Stuart!
- AIXA.— ¡Sí!. ¡Pobre, pobre Stuart por haberse enamorado de ti!.

- ZULE.— ¿Estás celosa? ¡Apártate y déjame pasar, esclava!. Tu Stuart te lo puedes guardar.
- AIXA.— ¡Tu mirada es traidora y yo no me fío de tí!
- ZULE.— ¡Te digo que te apartes, estúpida! (Le da un empujón o si tiene en la mano la fusta de montar a caballo, le pega con ella).
- AIXA.— ¡No volverás a poner la mano sobre mí y no te moverás de aquí!.
- ZULE.— ¡Que no? ¡Ahora lo veremos!.

(LAS DOS MUJERES SE PELEAN FURIOSAMENTE. SE ARAÑAN Y SE ARRANCAN EL MOÑO).

- AIXA.— ¡Escorpión venenoso!.
- ZULE.— ¡Víbora miserable!.

(AIXA EMPIEZA A DOMINAR A ZULEMA).

- AIXA.— ¡Trágate la rabia, anda, que ahora no estás en Palacio y tus criados no pueden oírte!.
- INTE.— (Entrando de repente). ¡Pero puedo oírlo yo, demonio con faldas! (Separa Aixa de Zulema, violentamente y la tira a distancia). Princesa, a vuestras órdenes. ¿Sabéis ya donde está escondida la diadema sagrada?
- ZULE.— ¡Lo sé! Ata y amordaza a esa mujer (El Intendente obedece). ¿Qué creías tú? ¿Que podrías interponerte en mi camino? ¿que podrías ganarme a mí, idiota?
- INTE.— Tengo los caballos preparados... ¡No perdamos tiempo, señora!.
- ZULE.— Un momento (A Aixa) Dile a tu amigo, al joven, intrépido e inocente Stuart, que sus palabras de amor me divertían, pero como divierte un juguete. Y cuando un juguete empieza a cansar, se rompe y se tira. ¡Ah! ¡Dí también a tus amigos y compañeros que la diadema sagrada vuelve a las manos de sus amos legítimos! ¡En marcha, Intendente!.

(SE VAN. AIXA LUCHA FRENÉTICAMENTE PARA QUITARSE LA MORDAZA, HASTA QUE LO CONSIGUE).

- AIXA.— ¡Auxilio! ¡Omín! ¡Stuart! ¡Auxilio! ¡La princesa nos ha traicionado!
¡Zulema se escapa! ¡Auxilio!.

(ENTRAN STUART Y OMIN).

- OMIN.— Aixa... ¿por qué gritas? ¿qué ha pasado?.
- STUA.— ¿Quién te ha atado, Aixa? (La desatan).
- AIXA.— ¡El Intendente del Califa!.
- STUA.— ¿El Intendente está aquí?
- AIXA.— ¡Os había seguido! ¡La princesa se ha escapado con él! ¡Ahora que sabe donde está la diadema nada la retiene entre nosotros!.
- STUA.— ¿Nada?.
- AIXA.— ¡Y tú menos que nada, Stuart! Me ha dado un mensaje para tí... Dice que eres un juguete y que los juguetes cansan.
- OMIN.— ¡No podemos permitir que el Califa consiga la diadema antes que nosotros!.
- STUA.— ¿Un juguete? ¿Seguro que ha dicho un juguete?
- AIXA.— Lo siento, pero eso ha dicho...
- OMIN.— Reacciona Stuart. Tenemos que dar la alerta al campamento. Si el Califa envía aquí tropas conviene que no encuentre a nadie. Yo iré inmediatamente al santuario donde se guarda la diadema. Mañana sería tarde!.
- STUA.— Yo perseguiré a la princesa y al Intendente.
- OMIN.— Tú (a Stuart) ¡te quedas aquí!.
- STUA.— ¡Los perseguiré y los capturaré!.
- AIXA.— ¡No serás capaz!.
- STUA.— ¡Lo seré!.
- AIXA.— ¡Te acompaño!.
- STUA.— ¿Tienes miedo de que Zulema vuelva a engañarme?
- AIXA.— ¡Sí!.
- STUA.— ¡Acompáñame!.
- OMIN.— La situación es complicada y es menester actuar con rapidez. Voy a avisar a los compañeros... Si queréis irs, no os entretengáis...
- STUA.— ¡A caballo, Aixa!.
- AIXA.— ¡A caballo, Stuart!.

(CAMBIO. ESTA AMANECIENDO, LA NATURALEZA TIENE TONOS MORADOS. EL DESIERTO, ZULEMA Y EL INTENDENTE CABALGAN AL TROTE).

- ZULE.— ¡Ha!, ¡ha!, ¡ha!, como decía Stuart, ¡Vuela caballo, vuela caballo, vuela caballo!. Entre tanto los rebeldes se alejan cada vez más ¡y quedan bur-lados!. ¿Dónde nos esperan los soldados de mi padre?

INTE.— No hay soldados esperando.

AIXA.— ¿Pues así?

INTE.— No os preocupéis, tenemos una cita y hacia ella nos dirigimos.

(EN EL OTRO EXTREMO DEL ESCENARIO CABALGAN AIXA Y STUART).

AIXA.— Stuart, ¿ves dos puntos negros, allá en el horizonte? ¡Son ellos!

STUA.— Un esfuerzo, Aixa, ¡y son nuestros!

ZULE.— ¡Intendente, nos persiguen!

INTE.— ¡No nos alcanzarán! ¡Forzad vuestro caballo princesa! ¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

(LA PERSECUCION, CON MUSICA DE FONDO, SE VA HACIENDO EMOCIONANTE. POCAS PALABRAS. ALGUNA ACLAMACION DE VEZ EN CUANDO, PARA ANIMAR A LOS CABALLOS. LOS PERSEGUIDOS VUELVEN LA CABEZA DE VEZ EN CUANDO PARA MEDIR LA DISTANCIA QUE LOS SEPARA DE LOS PERSEGUIDORES; MALDICIONES INCOHERENTES DEL INTENDENTE CUANDO VE QUE AIXA Y STUART GANAN TERRENO...).

ZULE.— ¡Intendente, allí! (Señalando un punto hacia adelante). Alguien nos hace señales. ¡Estamos salvados, es mi padre!

INTE.— ¿El Califa? Y ¿qué hace en el desierto, el Califa? Mis previsiones no eran estas.

ZULE.— ¿No era con él la cita de que hablabas?

CALI.— ¡Aquí! ¡Venid aquí!

ZULE.— ¡Padre, nos persiguen!

CALI.— ¿Mucha gente?

ZULE.— Dos nada más.

INTE.— ¿Y vuestra escolta, señor?

CALI.— Nada de escolta. ¡Descabalgad rápidamente! ¡Recibiremos muy bien a vuestros perseguidores!

INTE.— ¡Pero... no podéis exponeros de este modo señor!

CALI.— ¿Has averiguado el lugar en que está escondida la diadema sagrada, Zulema?

ZULE.— ¡Claro que sí! ¡Estos rebeldes son como una bandada de pájaros sin malicia!

CALI.— ¡Así es como debe hablar una hija mía! (Refiriéndose a los perseguidores). ¡Afinemos la puntería y acabemos pronto!

- AIXA.— Nos disparan...
- STUA.— ¡Alguien les ha venido en ayuda! ¡Refugiémonos en estas dunas! ¡Desde aquí podremos contestar! ¡Ah! ¡Me han matado el caballo! ¡Lo pagarán caro!.
- ZULE.— ¡No les queda más que un caballo!.
- CALI.— Si nos quieren perseguir lo tendrán difícil...
- INTE.— ¡Retirémonos! ¡Vuestra presencia aquí es imprudente!
- CALI.— El General inglés quería quedarse con la diadema, y con sus tropas en el puerto es muy difícil decirle que no. ¡Pero la diadema será mía y basta, por eso he venido a encontraros!.
- GENE.— (Apareciendo de repente). ¡No me habéis engañado, venerado Califa! ¡En ningún momento! ¡Y ahora estoy aquí y de grado o por fuerza la diadema será mía!.
- CALI.— ¡Rabia y condenación! ¡Intendente, acaba con él!.
- INTE.— Lo siento, Califa. Estoy al servicio del General. Es él mi amo, no vos.
- CALI.— ¿Tu amo? ¿Un inglés tu amo?
- GENE.— Desde hace mucho tiempo... ¡Nuestro oro vale más que el vuestro!.
- AIXA.— ¡Stuart, han dejado de disparar!.
- STUA.— Aprovechémonos de ello. Ven, nos acercaremos arrastrándonos por la arena.
- CALI.— Pero tú has ido a salvar a mi hija y ahora me la devolvías...
- INTE.— Yo no contaba con vos, Califa. ¡Yo me había citado aquí con el General!.
- ZULE.— ¿Y qué habrías hecho de mí?
- INTE.— Vale más que no lo preguntéis...
- ZULE.— ¡Perro infiel!.
- STUA.— (Apareciendo de repente) ¡Quieto todo el mundo!.
- ZULE.— ¡Stuart!.
- AIXA.— ¡Quieta! Yo también sé manejar un arma.
- GENE.— Stuart, ponte inmediatamente a mis órdenes...
- STUA.— ¡Soy un mestizo y no nos conocemos, general! ¡Vos mismo lo dijísteis!.
- ZULE.— ¡Stuart, amor mío! Me quieres y con la diadema podremos ser felices...
- STUA.— Soy un juguete que se tira, ¿verdad Zulema? ¡Tú tampoco me volverás a engañar!...

(ENTRE TANTO HABLAN, EL INTENDENTE HA CONSEGUIDO SITUARSE DETRAS DE AIXA; LA COGE Y SE AMPARA TRAS ELLA).

STUA.— ¡Aixa!

INTE.— ¡El juego ha cambiado de mano, amigo!

(EL CALIFA, EN MEDIO DE LA CONFUSION, ESCAPA. STUART COGE A ZULEMA CUANDO TAMBIEN IBA A HACERLO).

STUA.— (Al Intendente). ¡Si le tocas un pelo, yo haré lo mismo con la hija de tu amo!

GENE.— ¡Su amo soy yo, Stuart! ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¡Puedes hacer de la princesa lo que te dé la real gana! (También escapa).

AIXA.— ¡Abandóname Stuart! ¡Persíguelos! ¡La diadema es más importante que yo!

STUA.— ¡Basta! ¡No vas a reír el último Intendente! ¡Ya nada me importa y voy a ir a por tí esta vez! (Suelta a Zulema, que aprovecha para desaparecer como han hecho los anteriores, y a pecho descubierto, ciego de indignación y de rabia se precipita sobre el Intendente. Este dispara, pero Aixa le da un empujón y le tiro se pierde. Stuart ya ha agarrado al Intendente y lo hace caer al suelo. Aixa queda separada de ellos) ¡Es la última vez que nos afrontamos, porque uno de los dos no tendrá ocasión de contarlo!

INTE.— ¡Te voy a hacer pedazos, intruso! ¡He tropezado demasiadas veces contigo! (Levantándose).

(LAS CIMITARRAS CHOCAN Y ENTRECHOCAN, BRILLANDO A LA LUZ DE LA MAÑANA; SE OYE LA PRECIPITADA RESPIRACION DE LOS CONTRINCANTES. NO HAY TREGUA. STUART, NATURALMENTE, TERMINA POR DAR MUERTE A SU ENEMIGO).

AIXA.— ¡Por qué no me has dejado en manos del Intendente? ¡La diadema peligra!... ¿Por qué te has quedado?

STUA.— ¡Por tí!

AIXA.— ¡Yo no soy nadie!

STUA.— No me castigues con estas palabras. La princesa me había fascinado, me había deslumbrado y por eso mis ojos no te veían, pero ahora brillas con luz más intensa que la suya. ¡Tú lo eres todo para mí!

AIXA.— ¿Siempre hablas así?

STUA.— Únicamente cuando me enamoro...

AIXA.— ¡Nunca soñé con que este momento pudiera llegar! ¡Abrazame, amor mío!.

STUA.— ¡Aixa!.

AIXA.— Me quedaría aquí, sola contigo, toda la eternidad... (reacciona) ¡Pero no! ¡La diadema sagrada, Stuart! ¡Si no nos damos prisa caerá en manos del Califa o del General!.

STUA.— Omín habrá llegado antes que ellos al santuario en ruinas...

AIXA.— No sabemos que puede haber pasado. ¡Tenemos que ir, amor mío!.

STUA.— ¡Sí, de acuerdo! ¡A caballo otra vez! ¡Donde se cruzan los caminos de Cordova y Samarkanda! ¡La última escena de esta aventura está a punto de empezar!.

(CAMBIO DE ESCENA. CRIPTA MEDIO EN RUINAS. UN HAZ DE LUZ QUE PASA A TRAVES DE ALGUNA GRIETA E ILUMINA MAL ESE LUGAR OLVIDADO, DA DE LLENO EN CAMBIO SOBRE LA DIADEMA SAGRADA, JOYA ESPLENDIDA QUE PRESIDE EL LUGAR. APARECE OMIN).

OMIN.— Este es el lugar. ¡Por fin! ¡Se podría cortar el silencio con un cuchillo! Buena señal. Quiere decir que no me ha adelantado nadie. La diadema tiene que estar aquí (Mira a su alrededor y la descubre). ¡Por Alá! ¡Qué maravilla! ¡Ven a mis manos joya espléndida! (La coge). ¡No había visto nunca tantas y tan variadas piedras preciosas!. ¡Y aquí está lo más importante, las inscripciones sobre el petróleo!.

(ENTRA EL CALIFA).

CALI.— ¡La puerta estaba abierta!. No soy el primero. ¡Ah! ¡un rebelde! ¡Y tiene en sus manos la diadema! ¡Iluso! Ya se debe ver rico y poderoso. Pero en su futuro no hay lugar para el oro, la plata, ni ningún metal precioso; solo el metal frío y afilado de mi guitarra! (Se le acerca por detrás y le clava el arma).

OMIN.— ¡Ahhh! (Deja caer la diadema, y se va desplomando como en cámara lenta y mientras lo hace da media vuelta y mira a su atacante). ¡El Califa!.

CALI.— ¡Sí! ¡Para tí la muerte tendrá mi cara!.

OMIN.— ¡La diadema... en poder del Califa! Alá ... no lo permitas ...

CALI.— ¡Alá no quiere otra cosa! ¡Muere de una vez, miserable! (Omín queda quieto). Y ahora, diadema preciosa, fuente de grandeza, ven a tu amo legítimo, de quien nunca debiste haberte separado.

(ENTRA EL GENERAL).

GENE.— Venerado Califa, estáis hablando como un personaje de tragedia, pero las tragedias acaban mal.

CALI.— ¿Tú también has venido, extranjero? ¿Te figuras que me das miedo? ¡Estás solo y soy yo quien tiene la diadema!.

GENE.— ¡Soy más fuerte que vos, Califa! ¡Los ingleses hacemos gimnasia cada mañana! ¡Dadme la diadema!.

CALI.— ¡Nunca! ¡Y recuerda que llevo una cimitarra!.

GENE.— ¡Y yo una pistola, estimado amigo! ¡Gana Gran Bretaña!.

CALI.— ¡No te atreverías a disparar contra mí!.

GENE.— ¡Os sobrevaloráis, Califa!.

CALI.— El demonio te lleve (Le tira la cimitarra, pero no le acierta).

GENE.— Vos lo habéis querido (Dispara. En el mismo momento aparecen Zulema, que se para contemplando el desenlace de la situación. El Califa cae, primero de rodillas, una mano en el pecho, la mirada incrédula).

CALI.— ¡Soy... el Califa... de Bagdad!.

(EL CALIFA TERMINA DE CAER Y QUEDA INMOVIL. LA DIADEMA RUEDA A LOS PIES DEL GENERAL).

ZULE.— ¡Padre!.

GENE.— ¡Cuidado señorita! ¡No intente nada contra mí porque no tendré compasión!.

ZULE.— ¡Criminal! (Se precipita sobre el cuerpo del Califa y gime y llora).

GENE.— Respeto el dolor. Podéis llorar cuanto queráis (Recoge la diadema).

ZULE.— ¿Qué será de mí? ¿Princesa infeliz, princesa desgraciada? ¡Ay! ¡Desaparece el puntal de mi vida, la seguridad de mi futuro! ¡Yo, que movía un dedo y cien esclavas solícitas venían corriendo a ejecutar mis deseos, ahora tendré que vestirme con harapos, tendré que ir por las calles de Bagdad pidiendo limosna, siendo la burla de mi antiguo pueblo!.

GENE.— ¡Exageráis señorita! ¡Sé respetar a una dama y viviréis con la dignidad que merece vuestra categoría!.

ZULE.— ¡Asesino! ¿Cómo queréis que crea que aún queda una gota de misericordia en el fondo de vuestro corazón reseco?

GENE.— Palabra de honor. Vos seguiréis siendo Princesa. No quiero decir con ello que deje en vuestras manos el gobierno de Bagdad, pero viviréis en el palacio con honor y dignidad.

ZULE.— ¿No me engañas, extranjero? ¿No es una burla cruel?

GENE.— ¡He dado mi palabra!.

ZULE.— ¡Gracias, gracias! ¡Deja que te bese los pies! ¡Deja que te abrace como a un buen padre!.

GENE.— ¡No merezco tanto! ¡Reportaos señorita!.

(ZULEMA ABRAZA AL GENERAL).

ZULE.— Quiero abrazarte. Solo así podré demostrarte mi agradecimiento (De pronto ha hablado con gran dureza. Uno de sus brazos se levanta, detrás del General, armado de un puñal y luego baja, fatídico y decidido. El General se crispa. Zulema lo suelta y él la mira con ojos vidriosos).

GENE.— Me habéis engañado... ¡Mis felicitaciones señorita!.

(CAE AL SUELO Y QUEDA MUERTO. LA DIADEMA OTRA VEZ ESTA EN EL SUELO).

ZULE.— ¿Qué habías creído? ¿Qué olvidaría el daño que nos has hecho? ¿Que me contentaría con ser una figura decorativa? ¡No! Bagdad me pertenece en herencia y ahora que el Califa ha desaparecido, soy yo quien mandará sobre la ciudad. Y nadie podrá discutírmelo porque soy yo quien tendrá la diadema sagrada, yo quien tendré el petróleo y las naciones de Occidente tendrán que implorar mi amistad. ¡Ah! ¡dulce diadema! ¡Tú me esperabas a mí! ¡Sólo yo merezco que tu esplendor me adorne! (Levanta la joya sobre su cabeza). ¡Y ahora, baja sobre mi cabeza, joya deseada! ¡Deseo sentir tu peso suave y amable, deseo sentirme de una vez, coronada, victoriosa, triunfante!

(PERO RESULTA QUE OMIN NO HABIA MUERTO AUN Y HA RECOBRADO EL CONOCIMIENTO. TAMBIEN POR CASUALIDAD, JUNTO A EL HA CAIDO LA PISTOLA DEL GENERAL Y EL, CON ESFUERZO, LA COGE).

OMIN.— ¡Este es tu triunfo, Princesa Zulema!.

(DISPARA. ZULEMA DA UN BREVE GRITO, PERO NO DEJA CAER LA DIADEMA. SU MUERTE HA DE POSEER UNA CIERTA PARODIA DE GRANDIOSIDAD. MAS BELLA QUE NUNCA, GRAN DIVA EN EL MOMENTO CULMINANTE DE

SU HISTORIA, HA DE ACABAR MUY ESPECTACULARMENTE. NO DICE UNA PALABRA. VA CAYENDO POCO A POCO. DA UN BESO A LA DIADEMA QUE NO HA PODIDO CEÑIR Y MUERE. OMIN, ARRASTRANDOSE, SE LE ACERCA Y LE COGE LA DIADEMA, PERO ENSEGUIDA SE CONTRAE Y TAMBIEN A EL SE LE ESCAPA. QUEDA DEFINITIVAMENTE QUIETO. UNA PAUSA. SILENCIO. LA DIADEMA ABANDONADA YACE EN EL SUELO. PAUSA. RUIDO EN EL EXTERIOR. LLEGAN AIXA Y STUART).

AIXA.— ¿Crees que llegamos a tiempo?

STUA.— Ahora lo sabremos.

AIXA.— Un lugar tranquilo...

STUA.— Y pacífico...

AIXA.— (Descubriendo los muertos) ¡Stuart, qué espectáculo!

STUA.— ¡Todos muertos!

AIXA.— ¿Omín también? ¡Omín, amigo mío! ¿Qué ha pasado Stuart?

STUA.— Ellos no nos lo podrán decir...

AIXA.— ¡Se han llevado a la tumba el misterio de sus muertes!

STUA.— Este misterio se llama carambola en el billar.

AIXA.— ¡Mira!, ¡la diadema!

STUA.— (La recoge) ¡Ha costado mucha sangre! ¿Quieres probártela? ¿Quieres que te la ponga?

AIXA.— ¿Qué dices? ¡No, Stuart! ¡Esta diadema no la ha de ceñir nadie!. Es para un pueblo, no para una persona. Con ella, nuestro país podrá ser libre y rico.

STUA.— Este día está aún muy lejano. Los ingleses están en la costa y los príncipes amigos del Califa van a intrigar como locos.

AIXA.— Pero con la diadema, nuestra gente tendrá la sartén por el mango... ¡Verás como sí, Stuart! (Va surgiendo de nuevo el mapa de topografía inventada, transparente, que habíamos visto al principio de la obra). No tardaremos en conseguirlo. ¿No habías soñado en una Arabia exótica y enigmática que era tu patria? ¿No fue este sueño el que te trajo entre nosotros? ¡Estamos en el país de las aventuras que acaban bien y aquí, después de la lucha, vendrá la felicidad!

STUA.— ¡Sí! ¡Tienes razón, estamos en Arabia! ¡Vamos, amor mío, salgamos de aquí! ¡Esto es Arabia! ¡A caballo, Aixa! ¡Arriba la diadema! ¡Tenemos que llevarla a Samarkanda, y de Samarkanda a Basora, y de Basora a

Cordoba, y de Cordoba a Damasco, y de Damasco a Bagdad! ¡A Bagdad,
Aixa! ¡A Bagdad, a Bagdad, a Bagdad!.

(MIENTRAS STUART HABLA YA NO SE LE VE. TAN SOLO EL MAPA, QUE
DEJA DE SER TRANSPARENTE, QUE OCUPA Y LLENA LA ESCENA. SE ESCU-
CHA, ESO SI, EL TROTE DE CABALLOS QUE SE ALEJAN).

Traducido por Montserrat Romaná

Barcelona, 1975.

